

PRESENTACION DE DON JOSE GONZALEZ DE QUEVEDO

Es costumbre en las Hermandades Rocieras que cada año, antes de iniciar las Peregrinaciones como romeros hacia el camino que nos conduce ante la Virgen del Rocio, se haga un Pregón , ó mejor diría yo una Exaltación de Fé a la Reina de las Marismas. y si para un rociero es algo muy grande hacer el camino con su Hermandad, no lo es menos tener el honor de ser su pregonero. Yo lo tuve el año pasado y si seguro que ese día quedará imborrable en mi mente, no lo será menos el de hoy, que tengo el privilegio de presentar a todos los aquí presentes a nuestro Pregonero de éste año.

Porque el que este año de 1,992 nos va a hablar del Rocio, es una de las pocas personas cualificadas para ello en todo el ámbito rociero, como es el Padre Don José González de Quevedo. Simplemente con decir su nombre, ya, y en espera de sus palabras, debería dar por terminadas estas palabras más de presentación, algo que verdaderamente no necesito y dejar que él empezara para poder deleitarnos más tiempo con su Pregón, sus vivencias y sus conocimientos de la teofanía y la razón de ser del Rocio. En su boca la palabra de Dios y el ejemplo de Maria, cobran una nueva dimensión más cercana a nuestro entendimiento de la fé en Cristo

Por eso no quiero dejar pasar la ocasión de hablaros un poco de José González de Quevedo "como hombre del rocío" ya que su trayectoria como Ministro de la Iglesia es bien conocida de todos, por lo requerido que es constantemente para la celebración de actos litúrgicos, lo que le obliga a estar continuamente de un sitio para otro sin escatimar tiempo y trabajo en el desempeño de su ministerio. Lo que posiblemente muchos no sepamos de él, por lo menos hasta hoy, es qué este "cura rociero", el "Padre Pepe" como muchísimos le conocen, es malagueño de pura cepa, ya que abrió sus ojos a la vida un día quince de Agosto en el Hospital Noble de Málaga.

Fijaros que coincidencia, un día quince de Agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, y por ello es posible que ya estuviera, por la gracia divina, diría que casi predestinado a amarla durante toda su vida y propagar su misterio y su ejemplo entre todos nosotros.

José González de Quevedo, inicia sus estudios en el Noviciado de Jesuitas del Puerto de Santa María, ya siempre cerca del Rocio, parece como decía antes, casi una predestinación, y los continúa en la Universidad de Comillas, en Santander durante tres años y posteriormente en Granada, dónde se ordena como sacerdote en el año de 1,958.

Ya calada en el la semilla rociera y enamorado de Ella, empieza a sentir que ese misterio de la Virgen hay que difundirlo aún más entre el pueblo cristiano, que hay que explicar, para los que no lo ven con los ojos del cuerpo, el sentido y el valor religioso y cristiano de la romería del rocío, de explicar el porqué de hombres y mujeres que, dejando por unos días la comodidad de sus casas, se lanzan al camino, cual rebaño de una Pastora Blanca, para tener la vivencia de unos actos de confraternidad y hermandad, que difícilmente pueden ser entendidos, si no es bajo el punto de vista de amor a María Santísima del Rocío.

Y por ello, José González de Quevedo en el año de 1,973 hace su primer camino, a pié y a caballo con la Hermandad de Emigrantes de Huelva, cuya medalla fué la primera medalla rociera que llevó en su pecho; posteriormente como hermano, pertenece a varias Hermandades entre las que recuerdo: La Puebla, Cordoba, Real Hermandad de Málaga, Alcalá de Guadaira, Villalba, etc. y pido que desde hoy de pleno derecho también a nuestra Hermandad del Rocío Málaga-La Caleta.

A través de estos veinte años de caminos, de paradas, de hogueras en la noche, de amaneceres en la marisma, de Angelus al mediodía, de Rosarios en la noche y de auxilio espiritual a los que con el caminan, ha ido captando momentos especiales, sublimes de religiosidad unos, y rebosantes de alegría y fiesta cristiana otros, para irlos plasmando en multitud de coplas y plegarias que, salidas de su corazón quedan como testimonio de la forma y manera con que un rociero puede decir, cantar y contar sus vivencias y sus oraciones a la Virgen.

El me dijo un día en el Rocío, y desde entonces trato de seguirías, unas palabras que nunca olvidaré: -Si Dios te dió brazos, úsalos, si Dios te dió piernas hazlas moverse, si tienes corazón, haz que ame, si tienes fé propágala, y si tienes voz, hazla oír, sobre todo si es para hacer el bien y explicar de palabras y hechos el amor y el ejemplo de María Madre de Dios entre los hombres-. y el, que ha sido dotado con esas virtudes, es quién ésta noche nos va a prender, un poco más, que nunca será bastante por mucho que lo hagamos, en el amor a la Virgen del Rocío.

Así de su mano y oídas de su voz, podemos recordar entre otras muchas esas estrofas de... "Rocio Blanca Paloma, jábega de mis ensueños, farola de mi esperanza, jazmín de los malagueños"... "La Rocina está en silencio, el sol se duerme aburrío, están recientes las huellas de la gente que se ha ido"...ó "Ya suenan cohetes"...ó "Tengo en mi casa un tambor y una estampa del Rocio....o ese otra prodigio de oración en forma de copla que no hay un rociero que no conozca, y que no haya sentido al cantarla como se le remueve hasta lo más hondo de su ser y que dice" Cantaban a la Virgen poemas, los juncos de la orilla del Quema. Tiempo detente, que es tan grande el consuelo que mi alma siente, que quiero que duren mis anhelos eternamente".

En su dilatada experiencia como sacerdote y como rociero, ha dado, porque su ministerio y su quehacer diario no le dejan tiempo para más, diez Pregones Rocieros, con el de hoy serán once, por tanto creo que debemos sentirnos halagados y orgullosos de que, robándole horas a su merecido descanso, haya escrito especialmente para esta Hermandad, el que hoy nos va a ofrecer.

Este es, resumiendo bastante, un poco el perfil humano de José González de Quevedo, sacerdote y "hombre del Rocio", que yo conozco y al que con todo orgullo y respeto presento a esta asamblea hoy para que nos lleve de su mano y de su palabra un poco más cerca de entender el milagro del Rocio, de la Virgen y del Divino Pastor de hombres.

Así que aquí teneis pués, José González de Quevedo, a esta Hermandad de La Caleta, ávida de oírte, y seguro que a partir de ahora todavía más enamorada de su Pastora, cuando recreemos nuestros oídos y abramos nuestro corazón a tan grande valedor en la tierra de los símbolos rocieros que para los cristianos Dios quiso enviarnos a través del ejemplo de su Madre.

Con todos nosotros, José González de Quevedo, como Pregonero del III Pregón Rociero de la Hermandad de La Caleta.

Málaga Mayo de 1,992

Juan Manuel Guerrero Infantes

HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL ROCIO
DE LA CALETA DE MALAGA

PREGON 20 DE MAYO DE 1.992
POR
DON JOSE GONZALEZ DE QUEVEDO

Querida Hermandad de la Caleta de Málaga, Señoras, Señores:

Faltaban muy pocos días para la Semana Santa; en el ambiente había perfume de azahar y un eco de trompetas y tambores que presagiaban muerte de cruz. Toda la primavera tenía densidades de sangre y llanto. El alma se empapaba de tristeza por la muerte de Cristo y por el dolor de la Madre.

De pronto suena el teléfono y una voz clara y alegre me dice que tiene que darme una buena noticia. Yo ya sabía que la Hermandad de la Caleta había sido admitida como filial de la Matriz de Almonte; tenía que ser otra la noticia. La voz continuaba hablándome: resulta que la persona que estaba comprometida para tener el Pregón nos acaba de avisar de que le resulta totalmente imposible venir. Mi mente trabajaba rapidísimamente: faltaba poco más de un mes para que se tuviera el Pregón y con tan poco tiempo tendrían que buscar un Pregonero y que éste tuviera fechas libres y tiempo para prepararlo. Esa tampoco era una buena noticia, pero la voz continuaba alegre y rápida: nos hemos reunido la directiva y hemos pensado que el Pregón lo tenga usted. Me quedé callado. Buscaba donde estaría la buena noticia, porque la voz había enmudecido. De pronto se me vino al pensamiento la fecha en que estábamos: días de Semana Santa que no son adecuados para pensar y escribir cosas de gloria. Pensé en los dos pregones que tenía comprometidos y que aún tenía que escribir. Recordé también los dos pregones que había tenido que rechazar por falta material de tiempo; se me vino al pensamiento los siete triduos rocieros que tenía que preparar. Como una avalancha de riada se me vino a la boca la palabra: NO, pero no llegué a pronunciarla, y todavía no he encontrado una explicación para mi silencio y para mi aceptación. Como no sea porque de veras os quiero...

Pero eso sí, al que me dió la "buena noticia" ya le diré yo dos o tres cosas!

Yo sé, Señora, que Tú
oyes cantar tós los días
a los ángeles del cielo
que dicen: Ave María.

Yo sé que escuchas sonar
la música de violines
que con el aire y las ramas
orquestan lo serafines.
Y el rasguear de guitarras
de verdes cañaverales
que entonan con alegría
fandangos por verdiales
y hay un compás hondo y grave
que estremece a los luceros
cuando el trueno vibra ronco
como un tambor rociero,
y suena el toque de alba
en arroyos escondidos
como una flauta de aguas
con un canto no aprendido.

También sé que el Partorcillo
te canta por sevillanas
con una voz más bonita
que el sonar de la campana
que quiebra el amanecer,
y, a pesar de todo, intento
cantarte también, Señora,
para decir lo que siento
dentro de mi corazón
y contárselo a mi hermano
que te quiere con ternura
de rociero y cristiano.

Quisiera, para cantarte,
ser jazmín, dama de noche
y clavel y nardo blanco
para ofrecerte un derroche
de perfumes y fragancias
igual que en la noche quieta
te ofrecen, llenos de luna,
jardines de La Caleta.

Hay tantas cosas que decir de la devoción rociera que no es fácil decidirse a caminar por alguna de las innumerables sendas de amor que nos oferta su grandeza. Son tantas las irisaciones que ofrece, que resultaría pretencioso creer que una sola idea es la única verdadera y exhaustiva del tema. Son tantos los matices, que no pueden abarcarse en un ramo, como si pretendiéramos reunir en un solo brazado todas las flores de la primavera. Son tantos los actos, los sentimientos y las emociones, que siendo todos parte del Rocío, cada uno tiene un valor, importante y distinto en cada corazón. Pero sí creo que hay una respuesta indiscutible a esa pregunta inquietante que tanta gente nos hace a los rocieros: Qué es el Rocío: Rocío!

Solamente cinco letras
y una pregunta sencilla
en los labios encendidos
de aquella guapa chiquilla.

Me miraba y su carita
era un capullo de rosa;
sus ojitos, dos estrellas.
Sonreía, y qué cosa
más bonita era la niña
perdida entre los volantes
y encajes de su vestío.

Era la primera vez
que iba de romería
y estaba loquita, llena
de risas y de alegría.

Miró mi medalla al pecho,
miró mi traje campero,
el caballo, los zahones
y la estampa del sombrero;
y la niña, sonriendo,
me pilló desprevenío
cuando me hizo la pregunta:
dime, tú qué es el Rocío.

Nada más que cinco letras,
pero cómo lo decía
a aquella niña tan bella
como el sol de medio día.

Mira, niña, el Rocío
no es la arena ni los pinos,
no es el cante y la guitarra,
ni las palmas; no es el vino,
que se brinda entre cantares;
tampoco las sevillanas,
ni la flauta, ni el tambor,
ni el sonar de las campanas.

El Rocío no es el Quema
ni el puente del Anjolí.

El Rocío es una cosa
que no se puede decir.

El Rocío no es el paso
tan lento de las carretas,
ni el compás de los palillos,
ni el son de la pandereta
con sus platillos de lata
y el repique jaranero.

El Rocío no es el aire
que huele a mar y a romero;
y puesto a no decir ná,
te diré niña bonita
que el Rocío no es la aldea,
ni el paisaje, ni la ermita.

El Rocío... el Rocío...
el Rocío, pienso yo
es una cosa muy grande
que nace del corazón;

para poderlo entender
te lo digo en un instante;
cinco versos de un fandango
y el sentimiento en el cante:

"Que ya me pueden quitar
el sol, los pinos y el río,
el vino y hasta el cantar,
que si Ella está en el Rocío
me sobra tó lo demás."

Y mientras canté la copla
la chiquilla me miraba
y la sonrisa en sus labios
era el sol que se asomaba.

Ya sé lo que es el Rocío,
me dijo la niña bella,
porque lo has dicho en la copla;
éso es el Rocío: Ella!

Qué bien lo entendió la niña
sin darle una explicación
porque es la cosa más grande
que nace del corazón.

El Rocío es el cariño
que tienen los rocieros
hacia la Blanca Paloma
y también a ese Lucero
que nació de sus entrañas.

El Rocío es la ternura
y es la emoción y es el llanto
y la paz y la dulcura
que nos regala la Virgen.

Rocío es la gracia misma
que pone en sus rocieros
la Reina de la Marisma.

La niña estaba contenta
como el que alcanza una estrella
porque entendió que el Rocío,
el Rocío, sólo es Ella!

Hay una letra de sevillanas muy antigua, llena de contenido: "para ser buen rociero, primero hay que ser cristiano". Sin el sentido de la fe no se puede entender el Rocío, y afirmaríá que ni siquiera se puede entender la vida.

Para el que no cree en la existencia de un Ser Supremo, infinito, lleno de amor y fiel cumplidor de una promesa de inmortalidad alegre y externa, qué explicación y qué sentido tiene la vida?

Si Dios no existe, el ateo tiene que admitir que es hijo de la casualidad, hijo de una naturaleza que ni lo conoce ni lo quiere, y que no puede ofrecerle otra cosa que una existencia puramente animal, para destruirlo después y para siempre. El que no tiene fe tendrá que pensar, que, para los rocieros, la romería del Rocío será lo mismo que para él: unos días de diversión, de olvidar preocupaciones, tal vez una búsqueda de placeres y satisfacciones carnales.

Dices que voy al Rocío
para hartarme de vino
y en mi pueblo hay tres bodegas
veinte bares y un casino.

Crees que voy de romería
pa presumir de dinero
y pido prestao pa el costo,
pero voy porque la quiero.

Piensas que voy pa lucirme,
pa que la gente me vea
y yo voy de penitencia
descalzo por las vereas.

Si tu sólo buscas fiestas,
la elección es muy sencilla;
vete a Cáí en carnavales
o a la feria de Sevilla.

Yo no sé a lo que irás tú
ni los motivos que tienes;
yo voy pa verla y pedirle
que me dé gracia y salud
pa verla el año que viene.

Desde el principio, el ser humano se vió a sí mismo formando parte de una creación que le asombra, y se pregunta de dónde viene y a dónde va. Su curiosidad inteligente le acucia a buscar respuestas que no encuentra y en la capacidad reflexiva de su mente va dándose explicaciones más o menos acertadas a tantos enigmas como se presentan ante él.

Al mirar, lleno de asombro, al sol brillante que se asoma cada día por el mismo horizonte, pensó que Alguien, lejano y magnífico, se paseaba observando al mundo desde su carruaje de fuego, y cuando a la orilla de los mares o navegando sobre la inmensidad infinita de las aguas, vió levantarse la tempestad en su furor de olas y espumas, supuso que un ser superior vivió en las profundidades tenebrosas, y que, airado, amenazaba de muerte a los hombres; dondequiera que el ser humano observa algo maravilloso e incomprensible, se inventa respuestas de dioses y diosas que aquieten al continuo interrogante de su espíritu.

Un día, alguien que se proclamaba a sí mismo, Hijo de Dios, salió a nuestro encuentro en el camino. No fué el pensamiento que va hacia Dios el que encontró la senda, sino que Dios mismo salió al encuentro del hombre para darle la explicación que, desde siempre había buscado. Cristo, Pastor divino, muerto y resucitado nos entrega la verdad y en esa verdad, hemos sabido que EL QUE ES, creó a los hombres para un destino eterno y compartido en la felicidad y en la alegría. Se hizo hombre para hablar nuestro propio lenguaje, nos da su amor, su vida y lo que más quería en este mundo: a su propia Madre como Madre nuestra, y por medio de Ella, encontramos gracia, perdón y esperanza.

Dios infinito te hizo
brisa, estrella y manantial,
hermosa como las flores
y limpia como el cristal,
y Tú pusiste en sus manos
tu libertad y tu amor;
El se encarnó en tus entrañas
naciendo esclavo y señor.

Verbo de Dios hecho hombre,
milagro de sombra y luz
que siendo la vida misma
quiso morir en la cruz;
mirando tus ojos
cuando se moría
te encargó, Señora,
ser la Madre mía;
por eso, yo siempre,
si vivo o si muero
te rezo llorando,
te canto y te quiero.

Salve, Señora.

Dame una limosna, Madre
porque más pobre soy yo;
no tengo nada en la vida
Tú, en cambio, tienes a Dios.

Consígueme, cada día,
de la infinita bondad,
la gracia, la fé, la fuerza
para ir sembrando la paz.

Protégeme con tu manto
y que no llegue a caer
si me alejo de tu lado
no dejes, búscame.

Yo quiero ir contigo
siempre de tu mano
y amar a los hombres
que son mis hermanos,
y al fin del camino
que pueda en el cielo
contemplar tu cara
sin noche y sin velo.

Salve, Señora.

Y a esa Mujer que es Madre de Dios y Madre nuestra dirigimos nuestro cariño y nuestra devoción y es tanta la ternura que ponemos hacia Ella que, en los distintos momentos y circunstancias de su vida, la llamamos: Victoria, Carmen, Esperanza, Amargura, Soledad, Inmaculada y una constelación de nombres hermosos como un cielo de estrellas y luceros brillando sobre su cabeza como la corona más hermosa que podía inventar nuestra ilusión y nuestro cariño. A esa misma Madre, la veneramos como Madre de Dios, Reina de los cielos y de las marismas con el nombre de: Rocío.

En un afán de presencia y al no poder contemplarla en su grandeza de mujer y de madre, nos conformamos con ver su imagen bendita y allá vamos a las Rocinas, para sentirla más íntimamente en la infinitud de las arenas, de los pinares y de los cielos azules.

Cantaban a la Virgen

poema
los juncos de la orilla
del Quema.

Tiempo, detente,
que es tan grande el consuelo
que mi alma siente
que duran mis anhelos
eternamente.

Inmensidades verdes
los pinos
y quebrando el silencio
los trinos.

Alfombra de mis pasos
la arena
y tu esperanza alivia
mi pena.

Perfiles de tu ermita
mi canto
y al mirarte a los ojos
mi llanto.

Tiempo, detente,
que es tan grande el consuelo
que mi alma siente
que duran mis anhelos
eternamente.

Pero la devoción rociera no es únicamente la romería. La devoción rociera es el vivir diario lleno de su presencia, en el trabajo, en la ternura de los esposos y de los hijos, en la amistad sincera de los amigos y también en los momentos de dolor cuando encontramos consuelo y refugio en el corazón de la Señora y Ella, con su ternura, seca nuestro llanto y nos da alientos y fuerzas para seguir luchando y amando. Devoción rociera que es el camino de tantos hijos que se alejaron del corazón del Padre Dios y encuentran una senda de regreso hacia la fe, la esperanza y el amor.

Recuerdo a la madre mía
enseñándome a rezar
y en mi lucha por la vía
ya ya no sé como empezar
a decirte: Ave María.

Y otra vez quise rezar
con palabras olvidadas
y al mirarme en tu mirar,
sin saber decirte nada,
de pronto rompí a llorar.

Yo vi una gente sincera
caminando entre los pinos
y acercándome a su vera
quise aprender el camino
de aquella fé rociera.

Escuchaba emocionado,
al resplandor de los fuegos
aquel rosario trenzado
con lágrimas y con ruegos,
delante del Simpecao.

El domingo entre el gentío
me acerqué a escuchar la Misa;
sentí a Dios al lao mío
y un perdón y una sonrisa
en tu mirada, Rocío.

Y otra vez quise rezar
con palabras olvidadas
y al mirarme en tu mirar,
sin saber decirte nada
de pronto rompí a llorar.

Esta fe que impulsa y dirige toda nuestra vida y la orienta hacia el amor, revienta de color y de sonido en los días luminosos de la romería de Pentecostés, cuando miles y miles de criaturas se congregan en la presencia del Pastor y a los pies de la Blanca Paloma, para testimoniarle su confianza y su amor de hijos, y caen por el suelo esos pedestales absurdos de nuestra vanidad y se abaten esos "muros de la vergüenza" de nuestros egoismos, porque ante la Blanca Paloma todos nos sentimos sus hijos y nos enorgullece saber que somos rocieros y que Ella nos mira con ternura desde los cielos.

Peregrino noble y llano
de fé sencilla,
que lloras viendo a los bueyes
que se arrodillan.

Tú que no eres cohetero,
ni caballista o cantante,
ni bailas ni eres boyero,
qué más da, si ya es bastante,
ser rociero.

Rociero de mis pueblos
que andando pasas
y bajo un toldo sencillo
haces tu casa.

Tu no tienes lujos caros,
vives al día,
pero ofreces lo que tienes
con alegría.

Vas a verla y sólo pides
salud y suerte
y esa Paloma tan Blanca
se alegra al verte.

Tú que no eres cohetero
ni caballista o cantante,
ni bailas ni eres boyero,
qué más da si ya es bastante
ser rociero.

Ser rociero es haber admitido la palabra de Jesús que nos asegura la existencia de un término de nuestro caminar, una llegada a la plenitud del ser, a la culminación de esas apetencias de amor que siempre busca nuestro corazón y que jamás se ven colmadas en nuestra vida.

Soñamos con un mundo lleno de amistad, sin guerras, sin traiciones, sin injusticias, donde la mano de un hombre sepa abrirse hacia otra mano, sin reservas y sin miedos; pero no encontramos ese paraíso soñado porque nuestros egoísmos levantan barreras de alambres espinosos, hieren con puñales de falsedad al corazón que se confía, tenemos miedo de las acechanzas y de las intenciones aviesas de otros hombres, igual que la paloma ante el vuelo amenazante del águila. Cuánto se sufre en la vida y cuánto hacemos sufrir.

Si llegáramos a querernos como hermanos cumpliendo el mandamiento de Cristo, el mundo cambiaría. En el Rocío vamos aprendiendo que es posible amar, que es posible compartir, que es posible sufrir con paciencia y sin odios si la presencia del Pastor y de la Virgen nos alienta.

Yo le contaba a mi niño
un cuento de amor y paz
donde un gavilán jugaba
con la paloma torcaz.

Mi niño escuchaba atento,
de pronto rompió a llorar
y dijo con sentimiento:
ay, papá, que bonito si ese cuento
fuera verdad.

Un cazador disparaba
a un venao entre las flores
y la escopeta lanzaba
papelillos de colores.

Huérfano quedó el cordero,
la loba lo fué a buscar,
lo llevó con sus cachorros
y le daba de mamar.

Los hombres han enterrao
sus odios en el olvío
y el mundo, en paz, le cantaba
a la Virgen del Rocío.

Mi niño escuchaba atento,
de pronto rompió a llorar
y dijo con sentimiento:
ay, papá, qué bonito si ese cuento
fuera de verdad.

No voy a caer en la ingenuidad de afirmar que el Rocío puede desterrar las guerras y las injusticias, pero sí tenemos que admitir que el único camino que puede llevarnos a una paz enraizada en el amor entre todos los hombres, está en la palabra del Pastor que nos dice: "Amaos unos a otros como yo os he amado", y en el vivir rociero profundamente entendido, encontramos una práctica de la amistad, del compartir y del perdonar, como en ningún otro modo de vida, según creo, podremos encontrar. En esta decisión de amar, de ayudar a los demás, de perdonar de corazón al que nos hizo daño está la esencia del cristianismo y del sentir rociero.

No es más rocierto el que ha nacido más cerca de la Virgen, sino el que más la quiera a Ella y a sus hermanos. Hay quien ha dicho que los almonteños son los hijos preferidos de la Virgen, y yo me he preguntado muchas veces en que palabras de Jesús se habrá apoyado esa persona para decir tal cosa, cuando el Señor decía que el que quisiera ser el primero en su reino fuera el servidor de los demás. No es el sitio donde se nace, sino el bien que se va sembrando lo que vale ante Dios. Es una satisfacción gozosa el hecho de saber que a algunos los llevó su madre en su vientre, antes de nacer, pero este hecho, indudablemente enternecedor tampoco nos hace, por sí mismo, ser mejores cristianos ni mejores rocieros. Algunos presentan su certificado de rocieros contando los años que han ido, sin faltar, al Rocío, pero tampoco esta circunstancia los hará mejores rocieros si no existe en la vida un amor sincero que les impulse a sembrar la paz, la sinceridad y la ayuda a aquel que los necesita.

Yo aprendí los mandamientos
que aquel rocierto viejo
me enseñó con sentimiento
y junto con sus consejos
los grabé en mi pensamiento.

Querer a la Virgen
y al Pastor divino;
ser fiel peregrino
compartir tu casa,
tu pan y tu vino.

Ya hace tiempo que se fueron
los que conocí de niño
y aquel que por los senderos
me enseñaba con cariño
lo que es ser buen rocierto.

Llenaba de amor su vía
predicaba con su ejemplo,
daba tó lo que tenía
rezaba con fé en el templo
y siempre me repetía:

Querer a la Virgen
y al Pastor divino;
ser fiel peregrino,
compartir tu casa,
tu pan y tu vino.

Pasó el tiempo y yo no olvido
su enseñanza rociera
y a veces me ha parecido
escuchar su voz sincera
susurrándome al oído:

Querer a la Virgen
y al Pastor Divino;
ser fiel peregrino
compartir tu casa,
tu pan y tu vino.

Hermandad de la Caleta de Málaga, no te preocupe ni te dé pena ser una Hermandad reciente. No tienes historia, no has nacido en las cercanías de ese palomar blanco de las marismas; no viviste aún muchos hechos extraordinarios, pero en este primer año de peregrinar a la aldea como Hermandad filial, puedes llevarle al Pastor y a la Señora la sinceridad de tu cariño y un ramo de corazones unidos por la devoción y por el amor. Llévale tu agradecimiento, tu alegría y esta devoción profunda y sincera cantada a los vientos en el compás de unas sevillanas.

Se le está cayendo un diente
al divino Pastorcito
y se pregunta impaciente
que le echará el ratoncito.

Como es chico todavía
le va a pedir a los Reyes
una ahijada de alegría
y una carreta con bueyes.

Al cumplir los cinco añitos
San José le ha regalao
unos zahones chiquitos
y un potro tordo rodao.

Y su Madre, ay Dios mío,
le ha regalao con gozo
una casa en el Rocío
con su corral y su pozo.

Yo no tengo ná que darte,
Pastor de mi corazón,
pero si voy a cantarte
mis sevillanas con arte
que me sirvan de oración.

El Rocío es la fé y el sentimiento que orienta cada día el vivir del rociero; el Rocío es la amistad sincera, la unión en la Hermandad que nos lleva a compartir nuestra alegría y nuestra pena sintiendo la presencia del Pastor y de la Blanca Paloma, y ese impulso vital se manifiesta en la romería llena de colorido porque los andaluces somos así, ni mejores ni peores que otros, pero sí de otra manera. Sentimos en las venas la emoción de la belleza en la luz de un atardecer, en los andares airoso de una chiquilla, en el braceo de un caballo o en el pellizco de un buen fandango, y hasta el rezar, se hace con devoción teñida de arte y poesía. La romería es la floración embriagadora de una devoción sincera y de una amistad profunda entre rocieros, que se manifiestan en el cante, en el baile y en el compartir de unas copas de vino, con la alegría de querer a la Virgen y al Niño y sobre todo con la alegría de saber que ellos nos quieren.

Llenos van mis cenachos
de fé y cariño
pa la Blanca Paloma
y pa su niño.

Racimos de uvas nuevas
traen las mocitas;
las viejas, pasas dulces
arrugaítas.

Lagares de los montes,
la uva se pisa
y copia la dulzura
de tu sonrisa.

Jazmines como estrellas
de un bello cielo
pa que adornen la noche
que hay en tu pelo.

Rocieros malagueños,
vino, sol, flores y aromas;
su devoción y su sueño
es un Pastor almonteño
y es una Blanca Paloma.

Para vivir juntos la ilusión, como un símbolo de la misma vida, queremos caminar en compañía de otros hermanos. Vamos haciendo camino. Un peregrinar por carreteras y veredas, por sendas de arena acompañando al Simpicado. Días de calor o de frío, de cansancio y polvo, de noches llenas de relente, cantando y rezando al calor de los fuegos. Algo tan lleno de ternura, de intimidad y de belleza, que algunos rocieros querrían hacer el camino y al llegar a la aldea tener una Misa ante la Blanca Paloma y emprender de nuevo el camino de vuelta. No les importaría suprimir unos días de fiesta, pero no renunciarían jamás de hacer camino porque lo viven como la escuela donde se aprende a querer y a compartir.

Caminante, sí hay camino
verdad y vida
que en primavera despierta
la fe dormida.

Vé cogiendo, peregrino,
lirios moraos
y ponlos en la carreta
del Simpecao.

Cantares, pinos y arena,
luz y alegría
y es tu devoción, Señora
la que me guía.

Pasito a paso cansao
voy a la cita
que me espera una Paloma
que está en la Ermita.

A sentirse peregrino,
a rezar y a ser cristiano,
a cantar y a beber vino
y a quererse como hermanos
se aprende haciendo el camino.

Para los rocieros, el Rocío no es solo la romería, sino el camino de la vida los 365 días del año. Rocío es el nacimiento de un hijo que será también rociero como sus padres, o el de una hija que tal vez lleve el nombre de la Señora para que se llene la boca de dulzura cuando la nombren; es también la alegría de dos corazones jóvenes que unen sus vidas en un amor sincero para hacer juntos un camino que acaba en unas marismas celestiales donde no hay caminos de vuelta; Rocío es la ilusión en la peregrinación oficial de la Hermandad o la ida en cualquier día del año por ir a verla, y son los días calurosos del verano cuando acompañamos a los almonteños que cumplen su voto de gratitud a la Pastora; Rocío, en definitiva son las cuatro estaciones del año.

Los racimos florecen
en primavera
y se cubren de verde
las sementeras;
pierdo el sentío
que el aroma del aire
huele a Rocío.

La marisma está seca
junto a la Ermita;
larga siesta en verano
y agua fresquita,
mira qué suerte
que en el Rocío Chico
yo vuelvo a verte.

Se hace pasa la uva
con sol de otoño;
goterones de sangre
son los madroños;
se acorta el día
y me duele en la sangre
tu lejanía.

Me tomé unas pasitas
en aguardiente;
Navidad rociera
con toa mi gente,
saben muy ricos
mantecaos de Antequera
con villancicos.

En el camino cuando apenas empiezan a notarse los perfiles de los árboles como centinelas erguidos, vibra en el aire frío del amanecer la voz traviesa y alegre de la flauta con el son del tamboril tocando el alba; los ojos se abren perezosos y la inmensidad de la marisma se adentra en el corazón.

El caballo está bebiendo
agua llena de luceros;
se está enredando en las ramas
el alba del tamborero.

Lunares y pelo negro,
sombbrero, boto y espuela,
los buenos días se cruzan
saltando por la candela.

Un vaso de café negro
y una copa de aguardiente,
los ojos cargaos de sueño;
la arena huele a relente.

En la Carreta los cirios
están casi derretíos
y el Niño del Simpecao
se ha vuelto a quedar dormío.

Amanecer del camino,
camino de romería
y cuando pienso en mi suerte
canto y lloro de alegría
porque sé que voy a verte.

Y antes de emprender de nuevo la marcha, el peregrino se fortalece con la presencia del Pastor en la Santa Misa en un templo de cielos azules y columnas de acauliptos muy altos, donde las cigüeñas, desde sus nidos, miran curiosas.

Por fin se divisa la aldea; una emoción honda quiebra la voz en la garganta y al dejar atrás los pinares cruzando el puente del Anjolí, sentimos la sensación de que hemos llegado a nuestra propia casa donde una Madre está impaciente por vernos. Van entrando otras Hermandades rodeadas de nubes de polvo dorado que flota en el aire; en cuanto se descargan los chismes, a veces incluso sin asearse, vamos a verla. Ya tiene arena el suelo de la ermita. La Virgen sonríe al ver llegar a sus hijos y ante Ella, el pensamiento atropellado no sabe qué decir; sólo es el corazón el que habla mientras que de los ojos van brotando lágrimas consoladoras. La Virgen, alegre, sigue mirando y en ese momento de plenitud de marismas, se levanta una sensación de presencia que nos hace desear no irnos nunca.

Para poderte rezar
y mirarte a todas horas,
yo quisiera siempre estar
preso en la cárcel, Señora,
de las rejas de tu altar

A un espejo se ha mirao
la Virgen, porque es mujer,
y su rostro reflejao
ha dejao grabao en él
y así nació el Simpicao.

Yo envidio ese sol tan viejo
que besa de día tu cara
y hasta de noche un reflejo
le presta a la luna clara
para besarte de lejos.

Me han dicho que desvarío,
aseguran que estoy loco
porque en las noches de frío
paseo poquito a poco
pa empaparme de rocío.

Me llaman exagerao
pero sé que exagerar
es pasarse y he pensao
que en mi amor no me he pasao
si aún puedo querarte más.

Días junto a Ella que pasan raudos, pero que van dejando en el alma
un sedimento de paz y de amor.

El sábado, en ese río de romeros y de carretas con Simpicados que hacen
su presentación oficial, estará, Dios mediante, el Simpecado de la Caleta
de Málaga, para ofrecerle a Ella, la ilusión y el sueño de mucho tiempo,
convertidos en realidad.

Hoy mi Málaga del alma,
delante de tí, Señora,
para ofrecerte su copla
se siente más cantaora.

Pa tu Niño, de mi playa
y del beso de la brisa
le traigo encajes de espuma
pa el rizo de su camisa.

Unos botitos le traigo
tan rubios como la miel
del pellejito de azúcar
de una pasa moscatel.

Un puñado de boquerones
luna y plata en los Percheles
quieren en su traje corto
ser colgantes de caireles.

Malagueño y rociero

dos cariños se han fundío:
la Victoria y el Rocío
que brillan como luceros
dentro del corazón mío.

Hay ambientes de amistad de convivencia en las casas de Hermandad y en cualquier sitio, donde se comparte el afecto, el vino y el baile por sevillanas y en cualquier momento se deja la reunión para hacer una visita a la Señora y allí, en el templo, el pueblo sencillo, sin liturgias aprendidas le cuenta sus penas y sus alegrías al Pastor y a la Señora, llevan ramos de flores y se queman velas.

Un año, cuando estaba celebrando la Santa Misa, noté un murmullo extraño; levanté la vista hacia la gente pensando que alguien podría haberse mareado. No era éso. Un hombre con una vela encendida en una mano y llevando un brazos a un pequeñín se acecaba al altar; a su lado caminaba otro niño algo mayor, y junto a ellos, una mujer, boca arriba, con las manos atadas con cadenas se arrastraba impulsándose con los talones hasta que llegaron al mismo filo de los escalones del altar. El marido le quitó las cadenas a ella, se puso de rodillas y así estuvo hasta que terminó la Misa.

Al salir a la calle pregunté a unos conocidos si sabían algo de aquel hecho; habían oído contar que, hacía poco tiempo, estando la mujer en casa, echó de menos al niño, que con frecuencia se iba a casa de algún vecino para jugar con otros chiquillos; pero preguntó en varios sitios y el niño no aparecía; con el corazón angustiado y acompañada por otras personas siguieron buscando. Por fin, alguien lo encontró, pero ahogado en el pozo que había en el corral. Avisaron al médico, que, enseguida, le prestó los auxilios convenientes pero el niño no reaccionaba. Aquella pobre mujer gritaba desesperadamente invocando a la Virgen del Rocío; continuaban haciéndole la respiración artificial al pequeño, pero todo resultaba inútil. Iban a desistir al cabo de mucho tiempo viendo que no lograban nada, pero la pobre madre pedía por favor que siguieran, y al mismo tiempo, llorando seguía llamando en su auxilio a la Virgen, con gritos desgarradores; de pronto el niño tuvo una leve convulsión, poco a poco empezó a respirar y aquel día, en el Rocío iba en brazos de su padre, mirando asombrado a su madre que se arrastraba de espaldas hasta llegar a los piés de la Señora. Cosas de la gente rociera y de la Virgen.

Nunca sabrá de colores
aquel que ciego ha nació
y yo pregunto, señores,
cómo entenderá el Rocío
el que no sabe de amores.

A cualquier hora, la ermita está llena de gente; siempre es buena hora para hablar con una Madre. Las noches del Rocío son indescriptibles, la ermita llena y las calles, sobre las arenas húmedas de relente, con gente que van y que vienen como una marea de amistades y cariño, buscando a otros hermanos rocieros en las casas de Hermandad o en las casas particulares, pero cuando amanece el domingo, después de haber apurado la alegría en el cristal negro de la noche, cuesta trabajo abrir los ojos, igual que si fueran cerrojos con herrumbre, pero los rocieros de verdad, los que viven y sieten el Rocío, se arrancan de su cansancio y acuden a la llamada de ese otro amigo que espera con ilusión y que sueña verse rodeado de tantos corazones en el momento de su presencia sacramental.

Van llegando las Hermandades, Simpicado en alto, trajes limpios, varas de gobierno y responsabilidad en las manos, hasta la explanada del Real; ya espera una muchedumbre de gente que magrudó para estar cerca del altar. Suenan los cohetes retumbando en los cielos y fundiéndose con el repique de las campanas, y a la hora señalada, el Sr. Obispo y los sacerdotes salen del templo procesionalmente para la celebración de la Misa. Un retablo de Simpecados, lleno de colorido y de oros, envuelven el misterio del amor divino. Bajo el sol radiante, cantos, oraciones, juramentos de fidelidad, y ese abrazo de la comunión del Pastor con sus rocieros que lo reciben con cariño y amistad sincera.

Los cohetes vuelan altos
retumbando en la mañana
y en el aire del domingo
hay repiques de campanas.

Va llegando La Caleta
trayendo su Simpecado
y el sol de Pentecostés
hace brillar los bordados.

La Misa viste de rojo,
rojo el clavel, rojo el llanto,
rojo el fuego del amor
que da el Espíritu Santo.

El Hijo de la Pastora,
Dios y hombre verdadero
baja a cantarle a su Madre
con todos los rocieros.

No hay retablo más bonito
en ninguna catedral,
dice a su Madre, bajito,
el divino Pastorcito
en la Misa del Real.

Cuando llega la noche del domingo, miles de gargantas entonan con devoción el saludo del ángel, que le recuerda a la Señora el día dichoso de su maternidad divina, cuando en su seno bendito se hizo hombre el Hijo de Dios eterno. Rosario de amores con luces de bengalas, contraluz de Simpecados y de romeros con cirios encendidos como luciérnagas de la noche. Y este año, el Simpecado de la Caleta de Málaga rodeado de su gente se unirá al coro de gloria que hace realidad las mismas palabras de la Virgen: Me llamarán bienaventurada todas las generaciones, y a la hora que sea estarán los almonteños impacientes junto a la reja para llevarse a la Virgen y sacarla a la noche mojada de relente y de luceros, navegando en un mar de corazones y lágrimas; el sudor condensado por el frío se levanta como humaredas de incienso que suben hacia lo alto y la Virgen con su dulce mirada, y el Pastorcillo entre sus manos, van bendiciendo a cada Hermandad y les recompensa con amor todos los sacrificios, las obras buenas, las ilusiones y los sufrimientos que durante el año se les ofrecieron y que, tal vez, pasaron desapercibidos para la mayoría de la gente, pero nó para ellos.

Allí en las marismas, perdidos en un mar de rocieros, la gente de nuestra Hermandad, cobijados junto al Simpecado, sentiremos una mirada viva, llena de amor, en la Virgen y algo inmutable y eterno en la sonrisa del Pastor, como una roca firme en medio del naufragio de nuestro existir;

sentiremos una afirmación interior y alegre que nos promete vida en posesión, amistad sin despedidas, amor sin fracasos. Creo que en ese momento único y desgarrador es cuando notamos el deseo punzante de no querer irnos, de no separarnos de Ella ni de nuestros hermanos y en la grandeza de la generosidad divina que nos promete un Rocío para siempre quisiéramos darle nuestra devoción, nuestro cariño, nuestra firmeza en la fé y en la amistad con El, y le damos lo que tenemos; poco, pero todo lo que tenemos.

Tú, Pastor, creaste el cielo
y la inmensidad del mar,
las montañas y los ríos
y las notas de un cantar.

Tú conoces uno a uno
los caminos de los vientos
y las gotas de la lluvia
y todos los pensamientos.

Ves moverse cada hoja,
ves abrirse cada flor
y al pajarillo que cae
en la red del cazador.

Estás cerca en cada pena
en la rosa y la alegría
y oyes siempre al que te pide
ese pan de cada día.

Pero yo tengo al mío:
la libertad de mi amor,
de ese amor que me has pedío;
te lo entrego, pa los dos,
pa que sea tuyo y mío.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia! Esas palabras una y otra vez, suben hasta el mismo cielo donde la Virgen las está escuchando, mirándonos con sus ojos arrasados en lágrimas de ternura y llenos de misericordia, viendo a sus hijos rocieros que en esa mañana clara del

lunes la invocan, la bendicen y le piden su amparo, y cuando esos instantes se acaban, nos queda en el alma el amargor de la separación y una dulzura serena con el convencimiento de que la Virgen nos ha dejado su amor metido muy dentro de nuestro pecho. Qué triste es la vuelta; la melancolía nos hace callar para que el pensamiento evoque los momentos vividos en esos días densos de amistades, devoción, arte y lágrimas, quizás también, esa paz serena de la confesión que hicimos y la de la comunión que hacia tiempo que la Pastora esperaba.

Cuando la romería se acaba, comienza el rocío de todos los días y se empiezan a contar las fechas que nos faltan para volver a vivir de nuevo los días maravillosos de otro Pentecostés. Se escalona la espera con idas al santuario en la peregrinación oficial, en una marcha de penitencia, por el Rocío Chico, o simplemente porque pasó mucho tiempo y nuestra impaciencia no quiere esperar más, pero se vaya o no, todos los días la tenemos en el pensamiento y en el corazón, para convertir nuestra vida en una Salve continuada.

Que Dios te salve, Blanca Paloma,
hoy te cantamos con alegría
por ser Señora de las marismas,
por ser la reina de Andalucía.

Dios se hizo hombre en tus entrañas
te dió la gracia, porque Tú eres
la más humilde del mundo entero,
la más bendita de las mujeres.

Protégenos con tu amparo
en este largo camino
porque Tú sabes, Pastora,
del dolor del peregrino.

Queremos vivir amando
como manda tu Pastor
y perdonar al que ofende
y darle al mundo tu amor.

Tu escuchas siempre nuestras plegarias,
oyes las penas de los romeros
y hasta tu ermita llegan dichosos
para quererte, tus rocieros.

Sobre tus manos, como en un trono,
el Pastorcillo tienes sentao;
dile, Tú, Madre, que estás tan cerca
que nos perdone nuestros peccos,
que su palabra nos guíe,
que su amor nos dé esperanza
y que aumente nuestra fé
que la fe todo lo alcanza;
que nos dé también su paz,
que nos dé salud y suerte
y que venga a nuestro lao
cuando nos llegue la muerte.

Amén, Rocío.

Hermanos rocieros de la Caleta de Málaga: si hemos creído en Cristo como Ella creyó, podemos estar seguros, fiando en su palabra, que al terminar el camino de la vida, hay un Rocío bendito y eterno donde Ella y el Pastor serán nuestra alegría y nuestra felicidad, junto a nuestros hermanos los hombres de corazón sincero que vivieron amando y haciendo el bien; por lo tanto, lo importante para nosotros es seguir la senda que el Pastor nos traza; lo verdaderamente necesario es no desviarse del camino recto, lo inteligente es poner todo el empeño en alcanzar la meta que son esas marismas eternas de luz y de amores, y lo humilde es reconocer nuestros errores y bucar el perdón de Cristo.

Quise escalar lo más alto,
soñé con fama y renombre,
pero me vi pobre y solo,
pregunté a gritos mi nombre;
yo quise saber quién era
y lo supe: sólo un hombre.

Mi cuerpo es de trigo y mares,
mi alma de cal y luz;
aprendí a rezar cantando
a un Cristo muerto en la Cruz.
Hablé como habla mi gente,
me dijeron: andaluz.

 Ví a la noche con mantilla
y una luna por peineta,
escuché hablando de amores
al aire con la maceta;
se lo conté yo a la gente
y me llamaron: poeta.

 Y al cabo de mucho andar
bajo el sol por el sendero,
alegre y cansado a un tiempo,
ahora ya sé lo que quiero:
que pueda decir la Virgen
que he sido un buen rociero.

Señora de los cielos, Madre de Dios y Madre nuestra, Pastora de las marismas, Virgen del Rocío, ya tienes otra Hermandad. Alcánzanos de tu hijo Jesús, que su gracia inunde nuestro ser para que alentados con tu cariño y amparados con tu amor de madre, empecemos a escribir la primera página de nuestra historia, con una ilusión: querernos! Que esta Hermandad nos sirva para sentirnos más hermanos y más hijos tuyos; que nos ayude a vivir más íntimamente nuestra amistad con Cristo sin miedos ni desconfianzas; que sepamos crear en ella un ambiente de familia en el que encontremos ayuda para nuestro cansancio, consuelo para nuestro dolor, alegría para nuestra esperanza y perdón para nuestras equivocaciones, y que al vivir entre todos un amor sincero, vayamos tejiendo las redes donde queden aprisionados para siempre y con cariño, esos corazones que sufren en la vida con su soledad y su amargura; que los rocieros de la Caleta de Málaga, sepamos ser pescadores que tiren del copo para ir arrastrando hacia una playa de fé y de devoción a los que se pierden en un mar de odios y de egoismos. Madre nuestra del Rocío, llévanos de la mano porque empezamos a caminar.

Van estrenando Hermandad
van estrenando ilusiones
un puñao de corazones
que te quieren de verdad.

Malagueños rocieros
que alegrarán los caminos
con notas de cristal fino
como el aire mañanero
que huele a mares y a flores,
y llevarán un cariño
sincero, para tu Niño,
Pastor divino de amores,
de perdón y Eucaristía
y te ofrecerán ternura
y la ilusión limpia y pura
que siente el niño en un día
de Primera Comunión.

Hermandad de La Caleta,
-plata y luna la carreta,-
y flores de devoción
rodeando al Simpecao,
y en el Simpecao, tu cara,
y en tu mirada tan clara,
irá este sol reflejao
que pone dorá la arena,
que tiñe de azul los mares,
que da luz a los cantares
y da consuelo en la pena.

El sol se pondrá a rezar
cuando la Hermandad se vaya
y le gritará a la playa
que mire hacia el Miramar
porque el Simpecao divino
va a salir por vez primera
viviendo la primavera
en medio de los caminos.

Desde el trono plateado
la Pastora irá mirando
a su gente, que cantando,
la acompañan a su lado
y sostendrán al Pastorcillo
porque se quiere escapar
para mirar de cerca al mar
y la Farola. El Chiquillo,
con curiosidad divina
quisiera ver los barquitos
y hasta darse un paseito
en alguna golondrina.

Y siguen los dos, mirando
el Castillo y la Alcazaba
con nostalgias de chilabas
y un agua que va cantando.

En el parque, túnel verde
de árboles y palmeras
también el Niño quisiera
quedarse a jugar. Se pierden
las palomas en bandadas
volando en cielos de seda,
y Ella, Paloma, se queda
entre las flores posada,
y al pasar por Puerta Oscura
y jardines andaluces,
entre las flores reluce
más hermosa su hermosura,
y las calles malagueñas
serán caminos de gloria.

La Virgen de la Victoria
hace tiempo ya que sueña
con ver llegar a esta gente,
llenos de fé muy sincera
que buscan la carretera
y empiezan gozosamente
una historia de caminos,

y se van para buscarte,
pero antes quieren dejarte
su sentir de peregrinos
y habrá flores a las plantas
de tu imagen de Patrona
y un amor que es tu corona,
y emoción en las gargantas.

Ya, después, al sol y al viento,
a buscarte en horizontes
recortados por los montes
y plenos de sentimientos.

Señora, Madre, Rocío,
como un aliento de vida,
mi Hermandad recién nacida
quiere ser siempre tu niño
donde tengas tu consuelo,
donde te aguarde un cariño,
donde esté a gusto tu Niño,
donde yo encuentre mi cielo.

VIVA LA VIRGEN DEL ROCIO.